Una
HABITACIÓN
en las NUBES
TERESA BROSETA
PATRICIA CAMPOS
ILUSTRACIONES DE
CÉSAR BARCELÓ
TINTA
algar

1
UNA HABITACIÓN PROPIA

Mi viaje comenzó un día de agosto, durante el desayuno. Es verdad que no puedo decir qué día de la semana era, porque, en vacaciones, a nadie le importa si es lunes o viernes. Pero recuerdo

perfectamente que estaba mojando un bizcocho en un vaso de leche fresca con canela cuando oí la frase que iba a cambiarme la vida:

–Balma, hoy arreglaremos tu habitación.

En condiciones normales, las palabras *arreglar* y *habitación* en la misma frase me hubieran provocado un ataque al corazón. Un ataque de los graves. Pero esa vez era especial. Más que especial. ¡Por fin había llegado el momento de tener una habitación propia!

Me entusiasmé tanto que tumbé el vaso de leche. Suerte que solo quedaban cuatro gotas. En mi defensa diré que tenía motivos de sobra para entusiasmarme tanto y más. Es que, cuando estás a punto de cumplir doce años, es un infierno compartir habitación con un hermano y una hermana de ocho. Un auténtico infierno. Y que conste que quería mucho a Leo y Abril, pero a veces... A veces tenía ganas de escuchar música, de leer o de pensar en mis cosas. Tres actividades completamente imposibles en compañía de unos mellizos un poco pirados.

Hacía unos meses que venía quejándome, pero mis padres siempre tenían cosas más urgentes que atender y todo lo solucionaban pidiéndome paciencia. Paciencia. Como si no hubiera tenido ya suficiente. Y demasiada. Pero aquel verano encontré el **ARGUMENTO**, así,

con mayúsculas y en negrita. Un argumento definitivo. Incontestable. Imbatible. ¡El **ARGUMENTO**, vaya!

–En el instituto tendré que estudiar mucho más.

Lo dejé caer así, como quien no quiere la cosa, y me fui a mis asuntos. Pero aquellas palabras, como esperaba, estallaron como un trueno sobre las cabezas de mis padres. Que no pudiera escuchar música, leer o pensar en mis cosas no les había parecido un problema grave, pero eso de no poder estudiar lo consideraban una idea insoportable. La idea más terrorífica del mundo.

Como me convenía, les seguí el juego, a pesar de que no acababa de estar de acuerdo con ellos. Para mí, la idea más terrorífica del mundo no era tener que estudiar mucho, sino, sencillamente, tener que empezar el instituto en septiembre. Tener que salir del pueblo cada día, cambiar la escuela pequeña y familiar por un monstruo desconocido y lleno de gente, enfrentarme a un montón de profes que a saber de qué pie cojeaban... ¡Uf! La idea me ponía los pelos de punta, y lo peor era que no podía comentarlo con nadie. Mis padres se habrían angustiado inútilmente, porque ya ves tú qué habrían podido hacer ellos al respecto. Leo y Abril se habrían burlado con ganas, siempre que me hubieran escuchado, algo que no era fácil. Y la pandilla de clase parecía tan contenta, tan encantada de comenzar aquella nueva etapa de la vida, que no me veía con ánimos de comerles la cabeza con mis obsesiones. ¡Que me sentía más sola que la una, vaya!

Mis padres empezaron a pasear por la casa como fieras enjauladas, mirando cada habitación como si fuera la primera vez en la vida que la veían y hablándose de vez en cuando al oído. Mira que les gusta hacerse los misteriosos. No me preocupé lo más mínimo, porque yo ya había hecho mil veces aquel recorrido y sabía que acabarían por llegar a la única conclusión

sensata. Si no querían meterse en obras y gastar dinero, que no querían, solo había un lugar posible. Ya lo encontrarían.

Les costó un par de días, porque son cabezotas como ellos solos, pero por fin se dieron por vencidos.

–Balma... Hemos pensado en el desván...

–¿Ah, sí? –me hice la tonta.

–¿Qué te parece, hija?

–¿A mí? ¡Perfecto!

–¿Seguro? Mira que son muchas escaleras y estarás siempre subiendo y bajando...

–¡Mejor! Me pondré en forma.

–Si estás tan convencida...

–¡Del todo!

–Si no le encuentras pegas...

¿Qué pegas iba a encontrarle? Si deseaba tanto una habitación propia que me habría conformado con que me la hicieran en el corral, si hubiéramos tenido uno.

–Me encanta la idea, de verdad.

–Y a nosotros también –saltó inmediatamente Abril, que tenía que meter baza en todo–. ¿Verdad, Leo?

–¡Claro que sí! Porque Balma está muy pero que muy pesada. Que si «callaos», que si «apagad la luz», que si «dejadme dormir»... Una lata.

–¡Callad, microbios! –corté la avalancha de quejas–.

Si tanto os interesa que me vaya, no sé por qué no estáis ya vaciando el desván.

–¡Cuando tienes razón, tienes razón!

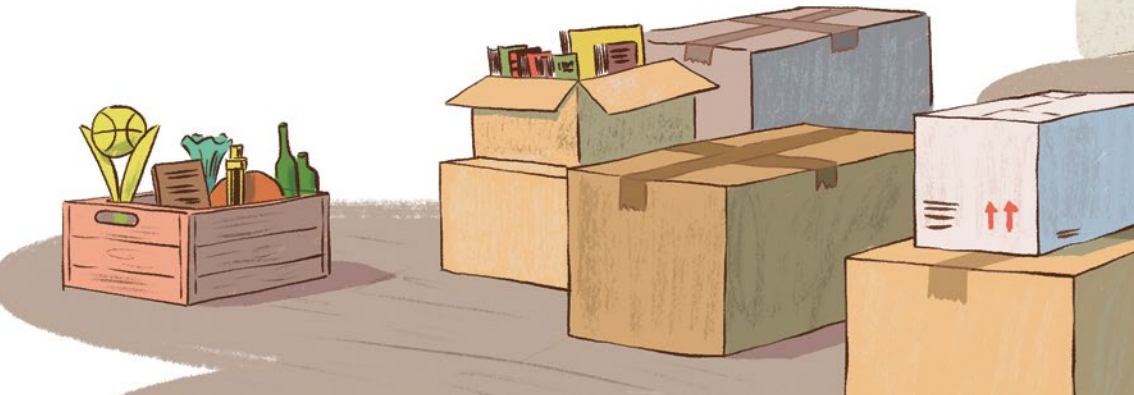
Abril y Leo volaron escaleras arriba, entre risas y empujones, y mis padres salieron tras ellos como locos. Los mellizos eran pequeños, pero capaces de tener las ideas más terribles. De sobra sabían cuál era el peligro de dejarlos a solas.

El desván estaba atestado de cajas llenas de quién sabe qué, de trastos que alguien había encontrado útiles alguna vez y, sobre todo, de polvo y de telarañas. ¡Qué asco!

Costó más de lo que me había imaginado, pero en pocos días me encontré ama y señora de una habitación llena de luz que me pareció maravillosa. Y no solo a mí, porque los mellizos intentaron quitármela enseguida... ¡Qué espabilados!

–Nosotros estaríamos superbién aquí arriba –empezó Abril–. ¿Verdad, Leo?

–¡Súper, superbién! –confirmó Leo–. Y no molestaríamos a nadie con nuestros juegos.



¡Uf, buena nos espera! Balma, ¿tú estás segura...?
¡Megasegura!
¡Ay, ay, ay! ¡Esto será un superdesastre!
¡Esto es misión para una superheroína!
¡Y para un superhéroe!

–¡Exacto! –continuó Abril–. Sería como si no estuviéramos.

–Tendríais paz y tranquilidad –siguió Leo.

–¡En eso estábamos pensando, mira, en perderos de vista! –les cortó la intención mi madre, burlona.

–Vosotros todavía tenéis por delante unos cuantos años de libertad vigilada, pareja de demonios –remachó el clavo mi padre.

Antes de que las risas de los mellizos acabaran en lágrimas, como solía pasar, los eché de mis dominios con autoridad.

–Venga, largaos a discutir a otro sitio y dejadme organizar mis cosas.

Me costó horas dominar el caos, sobre todo porque encontré un montón de cosas que creía perdidas. Y supongo que perdí otras. La vida es así. A regañadientes, me deshice de todo aquello que ya no significaba nada. Tenía que hacer sitio a todas las novedades que estaban por llegar a mi vida. Fue en el último cajón que ordené donde volvió a aparecer la foto en blanco y negro que me había encontrado antes. La contemplé un rato. ¿Quién era aquel hombre? ¿De qué iba vestido? ¿Y por qué estaba tan serio? ¿O era una expresión de tristeza?

No sé si todos los padres del mundo son iguales, pero los míos van siempre como locos y cuesta un montón que se concentren en lo importante. Anduve no sé cuántos días con la foto en el bolsillo, intentando que alguien me explicara quién era aquel hombre.

Entiendo que una casa con cinco personas da mucho trabajo, especialmente cuando dos de ellas son mellizos alérgicos al jabón y con un sentido del orden muy peculiar, por decirlo suavemente. Pero también es verdad que mis padres no son precisamente los reyes de la organización, y que tienen cierta tendencia a correr sin sentido arriba y abajo, gritando mucho y solucionando poco. Cada uno es como es.

Pero todo lo que tienen ellos de desorganizados lo tengo yo de cabezota. Así que me armé de una paciencia infinita y me dediqué a perseguirlos por toda la casa, aguantando que me ahuyentaran cada dos por tres como a una mosca. Y, encima, soportando las burlas de Abril y Leo, que se morían de risa.

Es el tatarabuelo Daniel. Guapo, ¿verdad?
¿Tatarabuelo? ¡Ostras!
¿De qué va vestido, papá?
¿De soldado?
¡De piloto!
¿Qué? ¿Tengo un tatarabuelo piloto?
¡Fíjate, Balma! Te pareces al tatarabuelo.
¡Sí! ¡Tenéis los mismos ojos!
¡Balma tiene ojos de tatarabuela!
¡Es una tatarayaya!
¡Los ojos! ¡Eso era!